

La cueva de los gallos¹

Manuel Fernández de la Cera

Las celebraciones multitudinarias que, a lo largo del pasado año de 2004, han tenido lugar en Liverpool, para conmemorar la creación en los años sesenta de una famosa cueva musical, nos recuerda que, por aquellas mismas fechas, también nació en Gijón un sótano, más modesto que The Cavern Club, y dedicado, no a revolucionar la música popular de todo el mundo, como hicieron los Beatles, pero sí a tener una influencia decisiva en la pintura asturiana de aquella época. No exagera Ladis cuando califica al Sotanín como “sanctasanctorum” de la pintura gijonesa, ni cuando, al citar a los pintores vinculados a la tertulia, señala taxativamente que “son todos”. En efecto, como gran conocedor de la tertulia, L. Azcona sabe que, si bien El Sotanín es la tertulia de los gijoneses aficionados a las artes plásticas de la generación de posguerra, es decir de los nacidos en los años veinte, sin embargo su influencia alcanza a los artistas de otras generaciones, unos como maestros amigos, como Piñole; otros como participantes, como Marola, y, los más jóvenes entonces, como Bartolomé, Sanjurjo, Linares o Kíker, como invitados que son siempre recibidos con gran afecto y estimación. Se trata de un grupo innovador, en el que se integran autores muy comprometidos con las nuevas formas artísticas, como Antonio Suárez, que acaba de formar parte, a finales de los cincuenta, del grupo El Paso, de Navascués, de Camín o de Mieres. La apuesta estética renovadora de Mieres fue muy importante en aquellos años, pues no se trataba de un joven artista marginal, sino de un catedrático de gran prestigio del Instituto Jovellanos, es decir, de uno de los centros de enseñanza asturianos de mayor solera. Visto desde dentro, El Sotanín no era más que un grupo de amigos que se reunían para charlar y tomar unos vinos –como señala Fernando Magdaleno, uno de los tertulianos más significativos. Pero, vista desde hoy, se trata de una tertulia de capital importancia en el desarrollo de la pintura gijonesa de la segunda mitad del s. XX. Hay que desechar la idea de que el significado y la temática predominante de esta tertulia surjan por casualidad, ya que, en noviembre de 1963, cuando José Ramón Ibaseta anuncia la apertura del Museo del Gallo, declara que “allí celebraremos nuestras tertulias un grupo

¹ Capítulo del libro “El Sotanín de Ibaseta. Aquellos buenos amigos del arte asturiano”. Oviedo, 2007.

de amigos, todos aficionados a la pintura”. Aunque, apoyando la innovación, la tertulia no es rupturista, ya que allí coexisten y conviven amistosamente aficionados y artistas con credos artísticos diversos, lo que no impide que el tono crítico de la discusión sea, a veces, verdaderamente feroz. Algunos de los rasgos de El Sotanín son comunes a la generación de posguerra, ya que han sufrido el enorme trauma de la contienda civil en plena adolescencia, por lo que las discusiones políticas radicales son un tabú que en la tertulia todo el mundo respeta. Las artes plásticas se benefician en el Gijón de los años sesenta de un bienestar económico pasajero, ya que, si bien entonces se inicia el deslizamiento de Asturias hacia los puestos más bajos del ranking económico nacional, no hay que olvidar que la recién instalada Ensidesa obra, durante una década, como colchón de la crisis económica gijonesa, creando nuevos puestos de trabajo cada año. Esto explica la aparición de nuevas galerías, como Marqués de Uranga, después Vicen, así como el éxito económico de numerosas exposiciones en Altamira, Labra, Atalaya, etc. El desarrollismo anárquico de los sesenta, nefasto en aspectos como el urbanístico gijonés, con la degradación definitiva de la avenida Rufo Rendueles, en el muro, resultó propicio, en cambio, para la proliferación de innumerables tertulias, donde se discutía de todo lo divino y humano. Es entonces cuando, al lado de las peñas deportivas y taurinas, las sociedades gastronómicas, colombófilas (en Bariloche), las tertulias de cazadores (en el Trole), femeninas (en Oxford, en Tívoli) y de rebotica, surgen las tertulias políticas con los clubes culturales y los ateneos obreros, y adquieren un merecido reconocimiento tertulias de acusado significado cultural como Los Clarisos y Los Puritanos en Oviedo o Los Senadores y El Sotanín en Gijón.

La llamada tertulia de Los Senadores -según la afortunada denominación de Pérez de las Clotas – era la contrafigura del Sotanín. La primera estaba vinculada a la Sociedad Filarmónica. Había nacido en el Imperial, en la posguerra, pasando, después, al Pío, luego al Express, y, finalmente, ascendiendo una octava al primer piso del Yuste. La tertulia de Los Senadores era de discurso largo, mientras la del Sotanín era de discurso corto. Esta distinción es más importante de lo que parece, pues la forma del discurso tiene estrecha relación con los contenidos del mismo. Al comienzo de uno de los diálogos platónicos un interlocutor plantea si la discusión se hará con frases largas o cortas. La pauta del discurso de Los Senadores la marcaban Carantoña y, sobre todo, Vizoso, cuyas argumentaciones eran extraordinariamente sabias, prolijas y concluyentes, ya que se trataba de un gran maestro. Además, asistían, habitualmente: Eladio de la Concha, Antonio Costales, Rodrigo Artime, Pedro Rendueles, Antonio

Martín, el Dr. Carlos Martínez, Jesús Hernández, Julián Ayesta, Juan José Plans, Silverio Cañada, Guillermo R. Quirós, Roberto Paraja. Hasta su marcha a Méjico, también asistieron Paco Ignacio Taibo e Ignacio Lavilla.

Cuando llegaba un neófito a la tertulia del Sotanín, en la misma presentación se le indicaba cómo era aquello: “Aquí se habla, pero no se sienta cátedra”-advertía, de entrada Ibaseta. Con lo cual ya quedaba avisado el recién llegado de que allí se practicaba el lenguaje coloquial, crítico, directo, con frecuencia ingenioso. Pero, a la vez, había en esas palabras una sutil alusión a la tertulia rival de Los Senadores, pues aunque las relaciones personales eran muy cordiales, en general, entre los dos cenáculos, es indudable que se daba una cierta competencia, a pesar de que unos eran melómanos y otros aficionados a las artes plásticas. Por ejemplo, las dos tertulias solían invitar a los intelectuales y artistas que pasaban por la ciudad, intercambiándose, a veces, los papeles; así, el gran compositor astur-cubano Julián Orbón visitaba El Sotanín, mientras Orlando Pelayo asistía, ocasionalmente, a las dos tertulias, siendo su hermano Vicente asiduo participante en la de pintores. Además, la tertulia de Los Senadores hacía incursiones esporádicas al mundo de la pintura, como cuando impulsaron la organización de los Salones de Navidad en el palacio de los Marqueses del Mar. Los Senadores se reunían en la sobremesa, el Sotanín se abría al caer la tarde; los Senadores tomaban café, en el Sotanín se bebía vino, y Tomás Montero llegaba a decir que “pensaba mal de los que ni fumaban ni tomaban vino”, cuando algún nuevo contertulio

rechazaba el néctar de los dioses. Las diferencias en el tipo de discurso de las dos tertulias eran abismales. Acompañando a Vizoso, tuve ocasión de asistir, en el Yuste, a una gran discusión sobre el valor estético de la Zarzuela española como género escénico-musical. El médico e historiador D. Carlos Martínez consumía largos turnos a favor del género chico, mientras Carantoña y Vizoso respondían con discursos aun más largos, de tono crítico. Los demás contertulios no intervinieron. Por cierto, allí mismo contó D. Carlos cómo se veía obligado a reconstruir su biblioteca por vivir más tiempo del que había previsto, tras su regreso del exilio, ya que, antes de regresar de Méjico, había donado allá todos sus libros, que, ahora, necesitaba de nuevo por encontrarse con muchas ganas de leer.

El tipo de discurso habitual en el Sotanín, breve y desprovisto de pedantería, iba unido al fuerte sentido crítico y humorístico de la tertulia. Se podía hablar allí de cualquier tema con total espontaneidad, sin mayores exigencias y sin dogmatismos; bueno, había

un asunto donde las exigencias de rigor eran máximas, y en el que no se permitía decir tonterías a nadie: no hace falta aclarar que era cuando se hablaba de pintura y escultura. Como la tertulia era abierta, sus componentes habituales llegaban, ocasionalmente, con invitados. Así, cayó por allí una tarde un pedantón que se las daba de entendido en pintura, cometiendo el peor error posible en aquella tertulia: creía que los pintores Fernando Magdaleno –que asistía a la tertulia- y Julio Magdalena eran una misma persona. Hay que resaltar lo que tenía allí de ofensiva esa confusión. Magdaleno era uno de los contertulios más queridos y respetados por todos. Ibaseta improvisó, sobre la marcha, una explicación para, a la vez, subrayar el error del pedantón y tomarle un poco el pelo. Según esta versión, Magdalena era, en realidad, una hermana de Magdaleno que también pintaba. Incluso Ibaseta fingió compadecer al pintor por los disgustos que le proporcionaba el tipo de vida poco edificante que llevaba su hermana. Yo tengo mi versión de la famosa anécdota de Aurelio Suárez, cuando, sorprendentemente, dijo un día en la tertulia que iba a exponer en Candás. En primer lugar, hay que recordar el peculiar conjunto de pesas y medidas que manejaba el artista, con las series de maletas que determinaban el tamaño de los cuadros. Por lo cual, él había decidido llevar en el Carreño cuadros que se adaptaran a las maletas pequeñas para la proyectada exposición. En segundo lugar, la pretensión de Montero y de Ibaseta de gobernarle la exposición, al pedirle que incluyera obras de mayores dimensiones, entraba en contradicción con toda la escenografía proyectada por el artista, por lo que se produjo la tantas veces relatada escena, cuando, en plena sesión, Aurelio se puso en pie, y, con toda solemnidad, se despidió de la tertulia:”¿Sabéis lo que vos digo? Que vos vayáis todos a la m.”

Probablemente es El Sotanín la tertulia de la más importante generación de pintores asturianos nacidos en el s. XX; tal vez sólo superada por la gran constelación de artistas nacidos en el último cuarto del s. XIX, con Valle (1873) y Piñole(1878) a la cabeza. No es exagerado subrayar la extraordinaria importancia que, para las artes plásticas asturianas, tienen artistas, de una u otra forma vinculados al Sotanín, como Antonio Suárez, Rubio Camín, Suárez-Torga, Mieres, Magdaleno, Marola, Aurelio Suárez, Navascués, Orlando Pelayo, Marixa, Bartolomé, Sanjurjo, Linares y Kíker. Sin embargo, yo quisiera rendir homenaje, también, a los asistentes no pintores. Como Tomás Montero, que, siempre puntualísimo, abría cada tarde el Sotanín, y que tenía palabras generosas para todos los jóvenes que entonces aspiraban a ser periodistas, Compartía esa generosidad con José Ramón Pérez de las Clotas, que siempre, también, orientaba sobre la entrevista o reportaje que procedía escribir en cada momento. Aunque

las Clotas era, probablemente, más afín a la tertulia de Los Senadores, a la que bautizó con gran acierto. Tomás Montero, siempre con pajarita y chaleco, llevaba los bolsillos llenos de adminículos insospechados. Un día hicieron falta unos alicates. “Tomás – preguntó Ibaseta-, ¿no tendrás, por casualidad, unos alicates?” “Naturalmente”- respondió Montero. Y al momento sacó los alicates de un bolsillo del chaleco. Lo mismo podía pasar con un destornillador, con una cuerda, etc. Fernando Magdaleno era, con su buen humor y su buena vida, el tertuliano más envidiado. Era boticario y tenía el estudio de pintor en el ático, en el mismo edificio de la farmacia. Además, era patrón de yate, lo que, a los de tierra adentro, nos llenaba de admiración. Esto le permitió pintar a Gijón desde el mar numerosas veces. Pero, sobre todo, era un gran tertuliano, que no solía faltar nunca. Lo mismo que Isaac Tuya, empleado de banca como Ibaseta, y contertulio siempre amable, con el mejor carácter del mundo. Por Vicente Pelayo sabíamos del más grande artista, probablemente, de esta generación, de su hermano Orlando, que, cada verano llegaba de París con cuadros cada vez más hermosos. El tiempo transcurrido desde su muerte, en 1990, no ha hecho envejecer su obra, sino todo lo contrario, mereciendo cada día una mayor valoración de los críticos de arte. A Ladislao Azcona padre se deben las páginas más luminosas sobre esta tertulia, que frecuentaba durante sus vacaciones veraniegas, cuando llegaba, primero de Oviedo y, después, de Madrid. José Ramón Ibaseta fue quien proyectó, soñó y convirtió en realidad el museo del gallo y la tertulia de toda una generación de la pintura gijonesa. En vez de buscar un lícito rendimiento económico a un bajo de su propiedad situado en el centro de la ciudad, en la calle Enrique Canga, prefirió dedicarlo nada más, pero tampoco nada menos, que a lugar de reunión con sus amigos aficionados a la pintura. El Sotanín se inauguró el 24 de Agosto de 1964, permaneciendo abierto unos nueve años. Pero la tertulia había nacido con anterioridad en Casa Antón, luego Casa Miguel, de donde pasó al bar Riera y a la Casona. Tras el cierre del Sotanín, la tertulia continuó unos años en Casa Miguel. En total, la tertulia duró unos quince años. Un gran historiador de la antigüedad, Tácito, ya señaló que la vida de los hombres cambia “per quindecim annos”.

Manuel Fernández de la Cera
Oviedo, Agosto de 2004